

**SETTIMANA CONCLUSIVA DELL'ANNO CENTENARIO  
DEL PONTIFICIO ISTITUTO BIBLICO  
[3-8 maggio 2010]**

---

**LA RELACIÓN PADRE-HIJO  
EN LA CULTURA MEDITERRÁNEA Y EN EL NT**

SANTIAGO GUIJARRO OPORTO

En el marco de la “exégesis contextual” tal como lo ha presentado el Prof. Rafael Aguirre al comienzo de este seminario, mi intervención tiene como objetivo mostrar cómo la Antropología Cultural Mediterránea puede ayudar a reconstruir los escenarios vitales en los que tuvo lugar la comunicación entre los autores de los textos del Nuevo Testamento y sus destinatarios. Desde sus comienzos, la exégesis crítica ha considerado el conocimiento del contexto histórico y social de los textos un recurso importante para comprender mejor su significado original. El recurso a las ciencias sociales, y más en concreto a la Antropología Cultural es un instrumento metodológico que permite recuperar dicho contexto de forma más rigurosa y contrastada.<sup>1</sup>

Como un ejemplo de lo que este acercamiento puede aportar hablaré de las relaciones entre el padre y el hijo, que aparecen de forma directa o indirecta en muchos pasajes del Nuevo Testamento. Esta relación pertenecía al ámbito familia, pero tenía también importantes connotaciones en la vida pública, pues en ella se fundamentaba la continuidad de la casa y de la ciudad.

Para comprender las connotaciones e implicaciones que tenía esta relación en la sociedad mediterránea antigua es necesario tener presente que dicha sociedad tenía una orientación colectivista.<sup>2</sup> En las sociedades de este tipo, los individuos dan mucha importancia a su vinculación a los grupos y construyen su identidad, en gran medida, a partir de ellas. Esta forma de entender al individuo da lugar a un tipo de personalidad que se conoce con el nombre de “personalidad diádica”. En la sociedad mediterránea antigua, el principal grupo de pertenencia era la familia, por eso cuando se quería conocer a alguien, era imprescindible conocer cómo era su familia. Esta es la razón de que las biografías antiguas solían comenzar con una información acerca de los antepasados y la familia del protagonista.

---

<sup>1</sup> Este acercamiento al texto bíblico se menciona en el documento de la Pontificia Comisión Bíblica “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” publicado en 1993 (1, D, 2). La obra pionera de este tipo de estudios se publicó a comienzos de los años ochenta: B. Malina, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*, Estella 1995.

<sup>2</sup> Sobre las características de las culturas de orientación colectivista, véase: H. C. Triandis, *Individualism and Collectivism*, Oxford 1995, 43-80. Sobre la personalidad diádica: B. J. Malina - J. H. Neyrey, “First-Century Personality: Dyadic not Individual”, en: J. H. Neyrey (ed.), *The Social World of Luke-Acts. Models for Interpretation*, Massachusetts 1991, 67-96.

Por otro lado, la familia mediterránea tradicional tenía una estructura “agnática”. Lo cual significa que la descendencia se trazaba a través de los varones. Los varones constituían la “cadena de transmisión” que garantizaba la continuidad de la familia en la que desempeñaba un importante papel la relación entre el padre y el hijo. Esta relación, en efecto, era la que garantizaba la sucesión dentro de la casa, pues a través de ella se transmitían tanto los bienes materiales (propiedades) como los inmateriales (honor). Por eso, la relación entre el padre y el hijo era, en la cultura mediterránea, la relación dominante dentro del grupo familiar.<sup>3</sup>

La relación entre el padre y el hijo puede describirse a través de una serie de rasgos que la caracterizan y la diferencian de otras relaciones. Estos rasgos característicos reciben el nombre de “atributos intrínsecos”. Los atributos intrínsecos de la relación padre-hijo se han ido modificando a lo largo del tiempo. Por ello, para identificar aquellos que caracterizaban dicha relación en tiempos de Jesús hemos de recurrir a lo que dicen acerca de ellas los autores del siglo primero. Aunque estos autores pertenecían a las clases altas y, por tanto, representan el punto de vista de un sector muy reducido de la población, su visión de las relaciones entre el padre y el hijo reflejaba un ideal ampliamente compartido.

Estos atributos o características propias aparecen en los derechos y obligaciones que gobernaban su relación. La primera obligación de un padre hacia su hijo era proveerle del sustento necesario, ofrecerle un techo donde cobijarse, protegerle y ayudarle en todo.<sup>4</sup> El hijo recibía de su padre la vida y con ella todo lo necesario para subsistir: vestido, alimento, techo, etc. También recibía de su padre una amplia instrucción, que iba desde el aprendizaje de un oficio hasta la transmisión de las tradiciones religiosas, y estaba obligado a acoger esta enseñanza con una buena disposición. Finalmente, el hijo debía recibir la disciplina y los castigos de su padre de buena gana, pues aunque no lo comprendiera sabía que se trataba de algo necesario para su educación.

Por lo que se refiere a las obligaciones del hijo hacia su padre, la principal de todas ellas consistía en honrarle, tal como prescribía el decálogo (Ex 20,12 y Dt 5,16). Este mandato se traducía en tiempos de Jesús en obligaciones más precisas. Filón menciona las cinco más importantes: respetarle como a persona mayor, escucharle como a maestro, corresponderle como a benefactor, obedecerle como a gobernante, y temerle como a señor (Filón de Alejandría, *Spec.* 2,234; véase también *Decal* 106-120; Flavio Josefo, *Ap* 2,206-208). Estas mismas obligaciones aparecen también de forma más dispersa en la literatura sapiencial, de donde se deduce que la visión de Filón es representativa de lo que se pensaba en el judaísmo sobre estas obligaciones (Prov 1,8; 4,1; 23,22; 19,26; 20,20; 30,17; Eclo 3,3-16). El fundamento de todas ellas y la razón que se invocaba para motivarlas era que los hijos debían pagar a los padres lo que éstos habían hecho por ellos en su niñez. El pago de esta deuda era mucho más urgente en la vejez, cuando los padres no podían valerse por sí mismos. Por otro lado, puesto que el hijo estaba destinado a suceder a su padre al frente de la casa, debía esforzarse

<sup>3</sup> Véase: F. Barth, “Role Dilemmas and Father-Son Dominance in Middle Eastern Kinship Systems”, en L. K. Hsu (ed.), *Kinship and Structure*, Chicago 1971, 87-95.

<sup>4</sup> Para todo lo que sigue, véase: A. Reinhartz, “Parents and Children: A Philonic Perspective”, en: S. J. D. Cohen (ed.), *The Jewish Family in Antiquity*, Atlanta 1993, 61-88; y también: O. L. Yarbrough, “Parents and Children in the Jewish Family of Antiquity”, Cohen (ed.), *The Jewish Family...* 39-59.

en todo momento para imitar sus cualidades y virtudes. Por eso, la *imitatio patris* era una motivación tan importante en la educación y del comportamiento del hijo.

La combinación de estas informaciones con el marco del modelo elaborado por la Antropología Cultural para comprender la familia mediterránea antigua, se puede elaborar un “escenario de lectura” que sirve para contextualizar los textos del Nuevo Testamento en los que se habla de la relación entre el padre y el hijo. El término “escenario” procede del teatro. Al igual que ocurre en el teatro, el escenario no pertenece al texto, pero ofrece informaciones muy útiles para comprenderlo adecuadamente. En este sentido, los escenarios de lectura permiten hacer explícitos una serie de valores y presupuestos culturales que eran compartidos por los autores y destinatarios originales de los textos, pero que los lectores actuales desconocemos.

Para mostrar cómo este escenario de lectura puede contribuir a comprender mejor los textos del Nuevo Testamento voy a mencionar brevemente dos ejemplos que ayudan a esclarecer sendos aspectos de la actuación de Jesús.<sup>5</sup>

El primero de ellos son los dichos en que Jesús pide a sus discípulos que abandonen sus familias y que rompan los lazos que les unen con ellas para seguirle a él. En estos dichos se habla, sobre todo, de una ruptura generacional y en varios de ellos, específicamente, de la ruptura entre el padre y el hijo. Cuando Jesús llama a Santiago y a Juan, ellos “dejan a su padre, Zebedeo, con los jornaleros en la barca” (Mc 1,20); a uno que le pide permiso para enterrar a su padre antes de seguirle, Jesús le responde: “Deja que los muertos entierren a sus muertos” (Lc 9,60); y a los que ya le siguen les dice: “el que no odie a su padre y a su madre no puede ser discípulo mío” (Lc 14,26). Las rupturas que produce el seguimiento de Jesús se sitúan en la línea que separa a la generación más joven de la de los padres: “estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra” (Lc 14,53 par.).

Estos dichos confirman que la relación del hijo con el padre era la relación dominante dentro de la familia también en el mundo de Jesús, pues cuando se quiere hablar de la ruptura familiar se habla, sobre todo, de la que se produce en esta relación. Ahora bien, el hecho de que Jesús pida a sus discípulos que se comporten de esta forma con sus padres, es extremadamente significativo, porque al comportarse así no sólo dejan de cumplir la deuda de gratitud que han contraído con ellos, sino que atentan contra la misma familia y su continuidad. Situados en el escenario social en el que Jesús los pronunció, estos dichos recobran un sentido y un alcance que no tienen en la cultura occidental contemporánea, en la que la continuidad de la casa y la relación padre-hijo no tienen una función tan determinante.

La ambientación de los dichos sobre la ruptura familiar suscita así nuevos interrogantes: ¿Por qué pidió Jesús a sus discípulos que actuaran así? ¿Tenía intención de atacar la familia patriarcal? ¿O más bien entendió esta separación de la familia como un paso necesario para construir un nuevo tipo de agrupación social,

---

<sup>5</sup> He estudiado con detalle los dos ejemplos que aquí presento en varios trabajos. Sobre el primero, puede verse: S. Guijarro Oporto, “Reino y familia en conflicto: una aportación al estudio del Jesús histórico” *Estudios Bíblicos* 56 (1998) 507-541; o bien, de forma más exhaustiva: S. Guijarro Oporto, *Fidelidades en conflicto. La ruptura con la familia por causa del discipulado y de la misión en la tradición sinóptica*, Salamanca 1998. Sobre el segundo ejemplo, véase: S. Guijarro Oporto, “Dios Padre en la actuación de Jesús” *Estudios Trinitarios* 34 (2000) 33-69.

que en los evangelios aparece como la “nueva familia”? Todas estas preguntas, que han guiado la investigación en este campo en los últimos años, han sido posibles gracias al estudio contextualizado de los dichos de Jesús sobre la ruptura con la familia.

En el segundo ejemplo, el escenario de lectura de las relaciones entre el padre y el hijo en la sociedad mediterránea antigua nos servirá para identificar la actitud filial que indirectamente se refleja en el comportamiento de Jesús con respecto a Dios. Joachim Jeremias y otros han estudiado los dichos en los que Jesús habló de Dios o se dirigió a él como Padre y han deducido acertadamente que estas palabras revelan una actitud filial muy singular. Sin embargo, las acciones de Jesús no han sido tenidas en cuenta en esta indagación.

La razón por la que las acciones de Jesús no han sido estudiadas desde esta perspectiva es, probablemente, la falta de un contexto adecuado para comprender su significado. Sin embargo, cuando dichas acciones se sitúan en el escenario antes descrito, se advierte que la forma de actuar de Jesús refleja de una forma persistente y clara su actitud filial hacia Dios.

Su comportamiento se ajustó a lo que se esperaba de un hijo en la cultura de su tiempo. Más aún, cuando su forma de actuar fue cuestionada por sus adversarios, Jesús se justificó diciendo que dicho comportamiento correspondía a la forma de actuar de Dios. La *imitatio patris*, que era uno de los rasgos característicos del comportamiento de un hijo fue también la justificación que utilizó Jesús para motivar comportamientos contraculturales que propuso a sus discípulos, asegurándoles que sólo así serían hijos del Altísimo que “es generoso con ingratos y malvados” (Lc 6,35). La actitud filial de Jesús se manifestó también en su ejemplar obediencia a la voluntad de Dios, que llevó hasta el extremo.

Todos estos comportamientos, que eran propios de un hijo en la cultura mediterránea antigua, revelan que Jesús tuvo en todo momento una actitud filial hacia Dios. La vida y la actuación de Jesús confirman así lo que revela su enseñanza y su oración, en las que Dios aparece como Padre. Más aún, al descubrir la actitud filial que refleja la actuación de Jesús, sus palabras cobran una nueva densidad y pueden ser interpretadas a la luz de su propia vivencia. Pero esto sólo es posible descubrirlo cuando la actuación de Jesús en el escenario de lectura adecuado.

A través de estos dos ejemplos he pretendido mostrar cómo los escenarios de lectura elaborados a partir de modelos tomados de la Antropología Cultural Mediterránea pueden ayudar a contextualizar los datos fragmentarios conservados en los textos que recogieron la tradición sobre Jesús. El procedimiento vale también para el análisis de otros textos del Nuevo Testamento y de las noticias conservadas en ellos sobre los primeros cristianos. Todos estos textos y noticias se conservaron y se transmitieron en una cultura altamente contextualizada, en la que muchos detalles e informaciones eran compartidos y no necesitaban explicitarse. Con el paso del tiempo esos detalles e informaciones que el autor compartía con sus destinatarios se han olvidado. Los textos y las noticias que contienen se nos presentan sí como un rompecabezas al que le faltan piezas. La imagen completa sólo puede recuperarse si se puede llegar a tener una idea de las piezas que se han perdido y eso es lo que pretenden hacer los escenarios de lectura.